

tes), Artobriga, Boyodurum, Parroduno (consuanetes), y los de Retia: Tarvesede, Curia, Magia, Matreja, Bragoduro, Ectoduro, Eboduro, Drusomago, Tangastio, Camboduno, Brigancio (brixentes y venones). Cuando fueron sometidos estos pueblos por Druso y Tiberio se agregaron al imperio romano los territorios que ocupaban y para tenerlos sujetos se establecieron puntos fortificados y grandes calzadas al través de los Alpes por el año 15 de nuestra era. Estrabon, que escribió 33 años despues, no tenía todavía una idea clara de estos países; dice que el Adige nace de un lago muy elevado, y en esto acierta, pero sitúa este lago cerca de los carintios; por lo demás hace desembocar el río en el Adriático despues de haber recibido las aguas del Eisack (Atagis), lo cual es



Busto de bronce antiguo encontrado en Périgueux

cierto. Respecto del Isar solo se equivoca diciendo que nace del mismo lago que el Adige; confunde el lago de Platten (lacus Pelso) con el de Constanza (lacus Brigantinus); cree que los Alpes extienden sus estribaciones hasta las montañas de Suabia, y hace llegar la Iliria hasta la Vindelicia. Plinio tenía una idea ya más clara, porque distingue aquellos dos lagos; y despues se fijaron también mejor los territorios de la Iliria, Vindelicia y Retia. Los retios habitaban las tierras altas de la Vindelicia. Las tribus retias sometidas por Tiberio fueron los lepontios, que habitaban la comarca donde nacían el Rin y el Ródano, y se extendían hasta la falda meridional de los Alpes hacia el lago Mayor; su capital era Oscella, que es quizás la Domo d'Ossola de hoy. Seguían los suanetes ó sarunetes y los raguscos desde el lago de Como hasta el Rin; más allá de este río, cerca de sus fuentes, encontró Tiberio á los calucones, los venones y los latobrigos que según César confinaban con los helvecios. Hacia el Este, junto al lago de Constanza, sometió á los brigancios ó brixentes, cuyo centro era Bregenz (Brigantium), y á los estiones, cuya población principal era Kempten (Kambodunum); y

allí efectuó su unión con su hermano Druso, que procedente de las orillas del lago de Garda y pasando por las cuencas del Adige, del Eisack (Isarco) y del Inn (Aenus) había sometido á los trimpilinos, los camunes, los isarcos y los venostes, y dejado á un lado las tribus retias á orillas del Piave, los fertinos y berunenses al Este de los tridentinos, cuyo centro era Trento. Desde allí, siguiendo siempre la gran vía romana de Verona á Augsburgo, sometió en la vertiente septentrional del Brenner á los breones y á los genaunos, y finalmente al salir de los Alpes á los focunates; pasados los cuales empezaban los vindelicios, que en la cuenca del Lech llegaban hasta dentro de la región alpina, donde estaba Damasia, su famosa acrópolis ó plaza fuerte, mientras hacia el Norte pasaban seguramente de Augsburgo (Augusta Vindelicorum).

En una sola campaña habían acabado los dos hermanos Tiberio y Druso con las depredaciones de aquellos salvajes, que según Estrabon, que escribió treinta y tres años despues, permanecieron en paz desde entonces, pagando sus impuestos con regularidad. El gobierno romano formó de los territorios vindelicios y retios, separados por el Danubio y el Inn, una sola provincia llamada Retia, de cuyos productos dice aquel mismo autor: «En todo este país montuoso hay valles muy bien cultivados y aun en las montañas hay tierras muy buenas y propias para el cultivo; pero la mayor parte de las tierras altas, especialmente las crestas y lomas, donde habitaban aquellas tribus aficionadas al pillaje, es estéril y miserable á causa del aire frío y del suelo pedregoso é ingrato. Estos montañeses tenían forzosamente alguna consideración á los habitantes de los valles, porque ellos los proveían de víveres (cereales y carne) en cambio de resina, pez, teas, cera y también miel, productos que recogían en abundancia.» Estrabon cita aquí á Polibio, que habla de los caballos y toros silvestres del país y de un animal semejante al ciervo, que probablemente sería el alce. Del vino de Retia, que provenía de las viñas de las vertientes meridionales del lado de Verona y Como, dice que en nada cedía á las mejores clases de Italia.

Desde los Alpes hacia el mar vivían en la alta montaña, según Estrabon, al lado de los ilirios, los carnos, conforme indica su nombre (derivado de *caern*, voz celta que significa peñasco puntiagudo); más abajo de los carnos estaban los yapidos ó yapodes. Zuglio (Julium Carnicum) y la comarca donde nacen el Tagliamento y el Save estaba ocupada por los carnos. Más allá de los yapides estaba Sissek (Siscia), á orillas del Save. Los productos del Mediodía iban por tierra en carromatos por el Odra, en la parte más baja de los Alpes, donde confinaban los carnos con los yapides, pasando por Aquileya hasta Laybach (Nauportus), donde eran embarcados hasta las bocas del Danubio, ó bien por el río Laybach, que baña la ciudad del mismo nombre y desemboca en el Save, se dirigían á Segestica, plaza mercantil de los panonios y tauriscos de la Nórica, que proveían al imperio de excelente hierro y hasta de oro.

## CAPITULO II

### CLODOVEO Y LA FUNDACION DEL IMPERIO FRANCO-MEROVINGIO

Hemos estudiado la Galia y los países celtas vecinos, que fueron la base más adelante del imperio franco; hemos narrado en la segunda parte de esta obra las luchas entre Roma y los invasores germánicos desde las primeras arremetidas hasta las invasiones de los godos, borgoñones y francos, y sus contiendas interiores y con los romanos por la posesión de la

Galia á fines del siglo V, cuando el imperio de Occidente estaba agonizando, hasta la victoria de los francos, destinados á recoger en aquella parte de Europa la herencia del imperio romano. Ahora pasaremos á narrar la historia de la fundación del imperio franco-merovingio.

Todos los autores antiguos que tratan de los francos, y sobre todo de los sugambros (sicambros) y batavos, que formaban el grupo principal de los francos sálicos, llaman á los jefes de tribu reyes. Estos reyes, que acaso podían reunir dos tribus con sus respectivos territorios, son, pues, el origen del poder imperial franco.

La historia de los francos en Francia, según San Gregorio de Tours, es la siguiente:

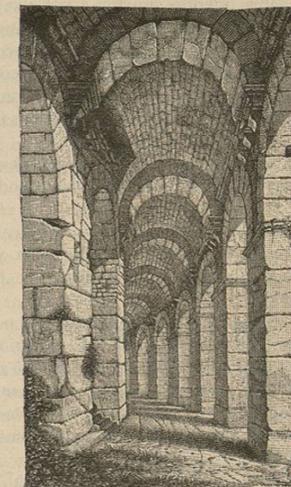
Los francos vinieron del otro lado del Rin y pasaron por la Turingia, no la Turingia alemana que ocupaban los hermanduros, sino un territorio de aquel nombre en la orilla izquierda del Rin. Allí eligieron reyes, cada tribu, ciudad ó distrito el suyo; de su familia más noble, que se distinguía exteriormente de las demás por el privilegio de llevar toda la cabellera. Uno de estos reyes francos, llamado Teodemero, hijo de Ricimero, fué, según autores latinos, condenado á muerte y ejecutado. Había á la sazón en la Turingia un rey llamado Clogio, de prosapia nobilísima y hombre esforzado, que tomó á Cambray (Camaracum) y despues conquistó todo el país hasta el río Somme. De esta familia real dicen descendió Meroveo, padre de Childerico, que á su vez lo fué de Clodoveo. Childerico, proclamado rey en el año 457, fué expulsado de su territorio quizás porque la mayoría de los hombres de su tribu eran adictos á Egidio y favorables al protectorado romano. Este Egidio, del cual hemos tratado ya detalladamente en la primera y segunda parte de esta obra, tenía, pues, bajo su dominio entre las tribus francas que habían aceptado con sus régulos el protectorado romano, algunas que dependían directamente de él, á saber: las que habían tenido por rey á Childerico; pero Childerico volvió al cabo de algún tiempo á ocupar su puesto y tomó parte como aliado ó cliente romano en las luchas que sostuvo Roma en las Galias, bajo la dirección de Egidio, contra los visigodos, cerca de Orleans, y también despues de la muerte de Egidio, mas adelante bajo la del general romano Paulo contra las bandas sajonas inmigradas en la Galia, donde habían ocupado la ciudad y comarca de Angers. En esta campaña murió Paulo; Childerico tomó la ciudad, y los francos y romanos unidos expulsaron á los sajones, que se habían ocultado en las islas del Loira. Estos sajones, sin embargo, no salieron de la Galia porque al poco tiempo su jefe Aduvacro, lo mismo que Childerico, combatió al lado de los romanos contra los alemanes ó quizás contra los alanos.

Childerico, desde su regreso á su tribu y su sumisión al protectorado de Roma, se mostró naturalmente respetuoso con la Iglesia católica, que era la iglesia oficial del imperio; cerca de París dió libertad, á ruegos de Santa Genoveva, á prisioneros á quienes iba á matar, si bien esto podrá ser una invención ó error de los autores que han escrito la historia de esta santa (1) en época reciente. Esta buena inteligencia de Childerico con la autoridad legítima de la Galia y con la Iglesia romana le atrajo el afecto de los habitantes católicos que suspiraban bajo el yugo de los bárbaros visigodos y borgoñones, los cuales á su vez estaban recelosos de los francos aliados de Roma y de sus amigos los católicos. Esto fué causa de que el obispo Aprúnculo de Langres, temeroso de que el rey borgoñon le hiciera dar muerte por ser favorable á Chil-

derico ó por estar ya convencido de su traición, se evadió de noche de Dijon y huyó á Clermont-Ferrand, capital de Auvernia, donde obtuvo despues la mitra.

Childerico murió en el año 481 en su ciudad de Tournai (Tornacum), á orillas del Escalda, donde se descubrió su sepulcro en el año 1653. Este hallazgo fué importantísimo bajo el concepto arqueológico por los objetos que se encontraron junto á los restos del rey, como armas, adornos, el sello y, entre otras cosas, los restos del manto regio de seda color de púrpura, cubierto de innumerables abejas de oro bordadas, el cual sirvió de modelo al manto que Napoleón I usó en la ceremonia de su coronación como emperador de los franceses.

Sucedió á Childerico su hijo Clodoveo, cuya madre Basina dicen no fué esposa legítima de su padre, sino de Bisino, se-



Interior del anfiteatro de Nîmes

gun Venancio Fortunato, rey de los turingios, al cual abandonó para unirse con Childerico. Clodoveo solo contaba á la muerte de su padre 15 años y murió á los 45, de suerte que reinó treinta años, en cuyo tiempo realizó la fundación del imperio franco en la Galia, suceso de grandísima trascendencia.

El principio del reinado de Clodoveo fué harto modesto; su dominio no pasaba de dos tribus de francos sálicos y del exiguo territorio que ocupaban; al Mediodía tenía por vecino á su pariente Ragnacaro, régulo de otra tribu y cuyos hermanos Ricaro y Rignomiromandaban en su nombre algún otro canton sometido á su autoridad; otro régulo, pariente quizás también, era Chararico (ó Jararico), y había además muchos otros régulos y parientes próximos, á todos los cuales mas adelante desposeyó y eliminó por medio del asesinato. No se sabe si eran todos jefes de tribus sálicas ó si comprendían también tribus ripuarias; pero muchos debían de ser porque el grupo alemán comprendía ya, por lo menos, catorce tribus con sus régulos, y mas importante era el grupo franco. No se apresuró Clodoveo á emprender grandes expediciones para no excitar contra sí á Eurico, el poderoso rey de los visigodos; pero apenas hubo muerto éste, en el año 485, cuando aquél, que entonces solo contaba 20 años, arriesgó su primer paso en la carrera de sus conquistas. Su víctima fué Siagrius, el hijo de Egidio, que despues de la ruina del imperio de

(1) Se refiere á las biografías de Santa Genoveva escritas y publicadas por Le Nain-Trillemont, París, 1823, y por Sainte-Ive, París, 1845. (N. del T.)

dioses abandonados por él. Para Clodoveo consistía la superioridad de los dioses en el mayor poder material, de modo que sin poner en duda la existencia del Dios de los cristianos, ni oponerse á la Iglesia de entonces, admitía también la existencia de los dioses paganos considerándoles como espíritus infernales cuyo poder era inferior al del Dios Omnipotente. Así, decía á su esposa cuando ella le instaba á hacerse cristiano: «Todo lo creado lo ha sido á petición de nuestros dioses; el vuestro, pues, tiene evidentemente menos poder, y por otra parte, no es ni siquiera de origen divino.» Se refería á Cristo, «el hijo del hombre,» mientras los dioses del Walhall descendían de *Odin* y de los *ases* ó sean gigantes. Para Clodoveo los dioses debían ser como las familias reales y principales, de sangre noble sin mezcla de plebea. De esto dependía para el rey franco y para los suyos el grado de veneración ó mejor dicho de temor y respeto que merecían los dioses en general, porque cuanto más nobles, más poderosos debían ser.

Clodomero dejó bautizar otra vez en la religión católica á su segundo hijo, cediendo como antes á las instancias de su mujer; pero el niño también enfermó, y entonces, como la primera vez, perdió mucho á sus ojos Jesucristo, mientras crecieron sus temores de la venganza de los dioses germánicos. Sin embargo, cuando el niño sanó á fuerza de oraciones que su madre dirigió á los santos, mejoró el concepto del rey respecto del poder de Cristo.

En este estado es muy posible que Clodoveo al mirar cercana en la batalla del año 496 su ruina total y la de su hueste, sin que sus dioses escuchasen sus invocaciones, se decidiera en su excitación suprema por el Dios de su esposa y prometiera rendirle culto en adelante como el más poderoso de todos si le concedía lo que le negaban los suyos. Lo que á nuestros ojos es cinismo en parte satírico y en parte repugnante, no era en Clodoveo más que efecto de la idea egoísta que entonces se tenía de la Divinidad. Por esto es en el fondo creíble que Clodoveo dijera lo que Gregorio de Tours refiere aunque es difícil que fueran sus palabras: «Los dioses paganos no ayudan á los que les sirven,» pues que habían ayudado á los paganos alemanes, que también les servían, hasta que la batalla tomó otro giro.

Como en otros tantos casos de conversión de reyes y jefes de pueblos germánicos, entró por mucho en la de Clodoveo la influencia de la mujer, para la cual el cristianismo era en general mucho más simpático que el hombre rudo y brutal de aquella época. Así á Rotehilda cabe una gran parte de la gloria de este suceso de incalculable trascendencia.

Habiéndose convencido Clodoveo del poder del Dios cristiano, porque mientras le estaba invocando en la batalla había empezado á ceder el enemigo, comunicó á la reina, apenas hubo regresado á su residencia, su resolución definitiva de hacerse cristiano. Rotehilda contentísima hizo llamar al instante á Remigio de Reims, que probablemente desde un principio había dado á la reina todas las instrucciones para hacer esta importante conquista y la iba dirigiendo. El obispo acudió, pues, y se encargó de instruir al rey en la religión cristiana en secreto, según San Gregorio tiene cuidado de advertir dos veces, probablemente para no alborotar inútilmente á los francos, pues que el mismo rey dijo á Remigio: «Estoy dispuesto á escucharte, pero una cosa hay que tener presente: mi pueblo no quiere abandonar sus dioses, pero yo le hablaré según tú dices.» Esto era lo que al obispo interesaba más que nada, porque no era su objeto salvar solamente el alma del rey sino ganar por su medio para el cristianismo á todo el pueblo franco, cada día más pujante.

En este sentido, hay que suponer que el obispo no había omitido esfuerzo alguno para que oculta y más ó menos pú-

blicamente se hiciera una propaganda activa tanto entre los nobles como entre el pueblo franco, por todos los medios posibles, no fiando el éxito solamente á las armas religiosas sino también haciendo ver que convirtiéndose se complacía al rey y á la reina y que éste era el camino más seguro de obtener su favor, con otras razones al alcance de aquellas imaginaciones rudas. El hecho es que la Iglesia debió de haberse atraído ya un grandísimo número de individuos de la nobleza para que alcanzara el triunfo que luego referiremos y que atribuyó á un milagro, explicación que el historiador no puede admitir, como tampoco podemos admitir el milagro que intervino en la coronación del emperador Carlomagno por el Papa, conforme veremos á su tiempo. El milagro que según los autores ocurrió en la conversión de los francos es éste: «Cuando el rey en la reunión con los suyos quiso empezar á hablar de su intención, antes que hablara exclamaron todos unánimes, por efecto del poder previsor de Dios: «Nosotros, oh rey piadoso, nos separamos de los dioses mortales; y estamos prontos á seguir al Dios inmortal acerca del cual nos predica Remigio.»

Lástima que Gregorio de Tours, al cual debemos todas estas noticias, no nos diga nada más sobre esta «reunión de los suyos.» No podía ser una asamblea general de todos los francos libres porque éstas únicamente se efectuaban en caso de una gran guerra y aun entonces eran libres los francos de asistir ó abstenerse, y para otros objetos eran semejantes asambleas hasta materialmente irrealizables. Desde luego hay que admitir que debieron de asistir á la reunión y estrechar sus filas los francos convertidos ya al cristianismo; de modo que no conociéndose otras asambleas, debió aquella de ser una reunión especial de los francos dispuestos ya y designados para el caso por la reina y el obispo, pues para estos espectáculos tenía la Iglesia gran habilidad, efecto de la práctica continua en aquella época.

Chocante es la distinción que los francos hacen en su explosión unánime de los dioses mortales, que eran los suyos, y el Dios inmortal de Remigio, exclamación que prueba que Remigio los había ya instruido en la religión cristiana y dejado convencidos.

Al recibir la noticia de lo ocurrido, el obispo ordenó los preparativos para el bautizo de Clodoveo, en el cual la Iglesia desplegó toda la pompa que pudo para impresionar en esta ocasión al pueblo y ayudar á su conversión, porque semejante aparato y grandeza eran desconocidos aun en las moradas de sus reyes. Según dice San Gregorio de Tours, la reina Rotehilda había ya contado antes con que el aparato desplegado en los bautizos de sus hijos contribuiría á la conversión de su esposo.

El día de la ceremonia fueron adornadas de colgaduras las casas de las calles principales, como todavía hoy es costumbre en las grandes solemnidades de los pueblos latinos; las iglesias ostentaban también colgaduras de deslumbradora blancura; la pila bautismal estaba convenientemente dispuesta y toda la iglesia donde debía celebrarse la ceremonia alumbrada con cirios cuyas exhalaciones aromáticas se mezclaban con los perfumes del incienso que llenaban todo el templo. «Tan grande fué la merced que Dios concedió á todos los presentes, que creyeron aspirar el ambiente del paraíso,» dice San Gregorio. El rey, vestido de blanco, como lo prescribe la Iglesia para los bautizandos, solicitó del obispo la administración del primer sacramento de la Iglesia, y en seguida «dirigióse cual otro Constantino á la pila bautismal,» añade el citado historiador, que acaso no alcanzaba entonces todo el sentido profético de esta frase. Clodoveo fué, en efecto, otro Constantino, porque si Constantino fué el primer emperador que dió á la religión católica el carácter de reli-

gión del Estado del antiguo y vasto imperio romano, Clodoveo le dió el mismo carácter en el naciente imperio franco, que siglos después debía servir de base al imperio de Occidente restaurado, cuya corona ciñó después las sienes de los emperadores de Alemania.

Junto á la pila, el obispo Remigio, dirigiéndose al regio catecúmeno, exclamó: «Inclina la cerviz, fiero sicambro domado; adora lo que quemaste y quema lo que adoraste.» Estas palabras parecieron á San Gregorio de Tours tan imponentes y bien dichas, que intercala en este lugar de su narración grandísimas alabanzas de la profunda erudición, y sobre todo de la retórica de aquel obispo. Retórica pura era lo del nombre de sicambro, que por cierto no se aplicaba ya entonces á ningún pueblo germánico, y también lo debió de ser en gran parte la alusión á la quema y destrucción de los santuarios cristianos, porque no es probable que Clodoveo, casado con una cristiana y que permitió que sus dos hijos fuesen bautizados en la religión católica, hubiese sido gran destructor de templos católicos; pero tocante á la segunda parte de aquella amonestación, Clodoveo la obedeció, en efecto, no seguidamente, pero sí tan luego como conoció que podía hacerlo sin peligro.

Bautizado el rey, recibieron el mismo sacramento más de tres mil hombres de su ejército, que debían ser los mismos que en la reunión previa se habían pronunciado tan unánimes á favor de la religión católica, y que naturalmente debían inducir á los demás miembros de sus familias respectivas á imitarlos y á educar en adelante á sus hijos en la nueva fe. También se hizo bautizar entonces Alboflada, la hermana pagana del rey, y Lantegilda, la otra hermana arriana, abjuró su creencia herética.

No había que temer una sublevación de los francos todavía paganos contra su rey bautizado, porque hacía ya algunos siglos que los germanos paganos tenían relaciones amistosas con cristianos romanos y de su propia raza, especialmente borgoñones y godos, y los matrimonios mixtos eran muchos.

Por otra parte, como ya dijimos, el paganismo, y más el germánico, rudo y vago, no profesaba la intolerancia por principio, ni mucho menos estaba en el caso de disputar sobre la divinidad ó humanidad de Cristo, como tampoco se cuidaba de la divinidad mayor ó menor de Júpiter ni de Hércules. Esta disposición de ánimo había facilitado ya muchas conversiones en la masa del pueblo franco sin engendrar odios ni provocar persecuciones; de modo que ni Clodoveo ni los suyos fueron los primeros francos cristianos, y al decir cristianos, debe entenderse también católicos, porque fuera de la hermana citada del rey y acaso algún otro personaje de la corte, no había arrianos en todo el territorio franco. Esto explica por qué no hubo el menor indicio de odio ni de resistencia por parte de la gran masa del pueblo, y por qué en el espacio de dos generaciones no hubo ya que se sepa en toda la Galia un solo franco por bautizar. La catolización del pueblo franco no había, pues, sido efecto de ningún milagro: se realizó por la marcha general de las cosas; la apresuró el celo de la reina, del obispo Remigio y de otros santos varones, como los santos Vedasto y Arnulfo, y finalmente la determinó la situación crítica y comprometida para Clodoveo de las armas francas en la batalla contra los alemanes. La importancia trascendental de la resolución de Clodoveo fué tan evidente que ya entonces la conocieron las personas entendidas, y así lo demuestran las cartas de eclesiásticos eminentes de aquella época que han llegado á nosotros, las cuales hablan de su importancia para la prosperidad de la Iglesia católica y del imperio franco y hasta para la conversión de las tribus germánicas paganas de la orilla derecha del Rin.

Una de estas cartas es la del papa Anastasio, consagrado en 24 de noviembre de 496 y sepultado el 19 de noviembre de 498, el cual participó al rey Clodoveo la gran satisfacción que sentía porque su elección para obispo de Roma hubiese coincidido con el bautizo del rey; añadiendo que la silla de San Pedro se felicitaba al ver entrar en su redil un pueblo tan numeroso. Después de este preludeo, el Papa se apresuraba en la misma carta á declarar al soberano protector de la Iglesia, su madre, enviado por Dios con esta misión, y le excitaba á ser para la cristiandad una columna de bronce, sobre todo entonces cuando la Iglesia se veía tan rudamente hostilizada. Al final de la carta recomienda al rey, su glorioso y carísimo hijo, y el imperio de los francos á la protección especial de Dios, y anuncia el envío de un sacerdote llamado Eumenio para expresar á Clodoveo su gran satisfacción.

Esta fué la primera carta, y el sacerdote Eumenio el primer embajador que el papado envió á los reyes de Francia. ¡Cuántas cartas y cuántas embajadas recibieron desde entonces, y cuán trascendental ha sido esta influencia de Roma en los soberanos de Francia para los destinos de este país, para la Iglesia, para la Italia y la Alemania! Clodoveo fué también el único soberano católico de su tiempo en Europa, porque el emperador de Oriente era á los ojos del Papa un hereje y los demás soberanos cristianos lo eran también por ser arrianos. Por esta razón se apresuró el Papa á proclamar á Clodoveo protector de la Iglesia.

Otra carta de aquella época es la que dirigió al rey franco Avito, obispo de Vienne, hombre eminente que desde mucho tiempo empleaba toda su energía y perseverancia en la catolización de los germanos, en cuyo país vivía, á saber, los borgoñones, cuya historia expondremos más adelante. La carta de este obispo confirma que la gran competencia de los arrianos en la conversión de Clodoveo había creado muchos obstáculos y exigido grandes esfuerzos de parte de los representantes de la Iglesia católica, tanto más cuanto que el arrianismo tenía ya representantes en la misma familia real y cuanto que los arrianos podían enseñar como ejemplo á Teodorico el Grande, el más glorioso de todos los reyes germánicos.

Avito ve, pues, en la conversión de Clodoveo al catolicismo, un presagio de la victoria final de esta religión sobre el arrianismo, y dice que hasta entonces se habían resignado los católicos á dejar al juicio final la decisión de cuál de las dos religiones era la verdadera, pero con la conversión de Clodoveo había penetrado en el mundo un rayo de la verdad vencedora; Clodoveo, llamado por la divina Providencia como juez en la contienda de las dos religiones, se había decidido por la católica, y este fallo debía servir de norma á todo el mundo. «Ahora, — dice refiriéndose á los germanos y en especial á los francos, paganos todavía, — no puede nadie oponer á las amonestaciones de los eclesiásticos y de los grandes (convertidos y bautizados ya), las antiquísimas tradiciones y usos de los antepasados.» El piadoso y sagaz obispo Avito, conocedor perfecto de las tradiciones y creencias germánicas y de la vanidad de las familias nobles, principalmente de las reales, que se decían descendientes de las antiguas divinidades ó semi-divinidades, se dirige luego en su carta al rey, para cortar de raíz todas las reminiscencias paganas. La vanidad y el interés personal ofrecían uno de los mayores obstáculos á la conversión de los grandes, porque reconociendo al Dios cristiano por único verdadero, renunciaban de golpe y para siempre á su pretendida descendencia de los poderosos y temidos espíritus sobrenaturales, y por tanto abandonaban virtual y lógicamente el derecho tradicional de autoridad sobre su tribu propia y sobre las otras so-

Occidente en 476 se mantuvo independiente en un reducido territorio que había conservado Roma en la Galia hasta el último momento. A la caída de Roma quedaron los habitantes de la Galia abandonados a su suerte. Los que habían conservado las autoridades romanas, expuestos como estaban á caer en manos de los bárbaros y no queriendo tampoco reconocer á Odoacro, entonces dueño de Italia, se dirigieron al emperador de Oriente, Zenon; pero éste, impotente para acudir á la Galia, se veía obligado á inclinarse mas bien á favor del usurpador Odoacro, el cual á su vez nada pudo ni supo hacer, que sepamos, para imponer su autoridad en la Galia. En esta situación, Siagrius, que por su parte tampoco quiso reconocer como emperador ni rey de Roma á Odoacro, no podía titularse prefecto ni gobernador romano, mucho menos despues de haber muerto en el año 480 Julio Nepote, ni tampoco podía titularse lugarteniente del emperador de Oriente Zenon, que no había querido amparar á la Galia. Continuó, pues, gobernando el territorio que todavía reconocía su autoridad tácitamente, sin otro título mas que este reconocimiento; los bárbaros le llamaban rey de los romanos, como habían llamado á su padre rey de los francos, por ser como superior autoridad romana en la Galia el jefe de las tribus francas que habían reconocido el protectorado de Roma.

Clodoveo era demasiado tímido para arriesgarse solo contra su víctima, y aunque pugnara con su codicia feroz, procuró asociar á esta su primera empresa á los régulos mas inmediatos, Ragnacaro y Chararico; pero Ragnacaro esquivó el compromiso para ver primero quién ganaba y tomar el partido del vencedor, sutileza que Clodoveo le hizo pagar despues con la vida.

El ataque se realizó en el año 486, y á juzgar por el silencio de los autores, sin motivo justificado. Siagrius no tenía aliados, y los borgoñones y visigodos de la Galia no se mezclaron en la contienda porque no daban importancia alguna al pobre régulo de Tournai, cuanto mas que como bárbaros é invasores veían con gusto aquel ataque al último asilo del poder romano en la Galia.

Siagrius, vencido cerca de Soissons, su capital, consiguió huir y llegar á Tolosa, donde se acogió á la hospitalidad del rey visigodo Alarico II; pero Clodoveo reclamó su extradición, amenazando en caso contrario con la guerra, y el débil hijo de Eurico entregó al fugitivo cargado de cadenas á los enviados de Clodoveo. Este hizo matar ocultamente al desgraciado Siagrius y se apoderó de su territorio. Entonces se sometieron voluntariamente al vencedor, varias plazas sueltas donde imperaba la autoridad romana, fuera del territorio de Siagrius, algunas tribus franco-sálicas y los armoricanos, que desde el año 411 habían gozado de cierta independencia. Clodoveo debió este aumento considerable de poder al respeto y á las buenas relaciones que despues de la conquista de Soissons mostró y conservó con la Iglesia católica, bajo este concepto era preferible para los pueblos católicos, desamparados y expuestos á los otros jefes francos, sajones y alemanes, que eran paganos, y á los reyes visigodos y borgoñones, que eran arrianos.

En la guerra contra Siagrius ocurrió un caso que merece mencion especial porque pinta á lo vivo el estado social y de cultura de aquellos francos, la extension del poder de sus jefes y los comienzos del poder absoluto de los reyes, que hasta entonces no habían tenido mas derechos que los demás hombres libres de la tribu, excepto el de la jefatura en las expediciones guerreras.

«En aquel tiempo Clodoveo, con su hueste, saqueó muchas iglesias, porque vivía todavía en los errores del paganismo. Entre el botin sacado de una de estas iglesias se encontró un jarron de maravillosa belleza y magnitud. El obispo

de esta iglesia, que segun Fredegaro (1) era San Remigio, obispo de Reims, envió mensajeros al rey suplicándole que le restituyera el jarron, aunque se quedara con los demás vasos sagrados de la iglesia; y enterado Clodoveo, dijo al mensajero: «Sígueme á Soissons, porque allí se hará el reparto de todo el botin, y si aquella vasija me toca á mí, haré lo que el (venerable) padre pide.» Marchó á Soissons y se reunió el botin á la vista de todos, y entonces dijo el rey á los francos: «Os suplico, valientes guerreros, que añadais al lote que me corresponde aquella vasija,» aludiendo al jarron. Entonces contestaron los mas inteligentes: «Glorioso rey, todo cuanto está delante de nosotros es tuyo y nosotros mismos estamos bajo tu dominio. Haz lo que te plazca, porque nadie puede hacerte resistencia.» Dicho esto, exclamó un hombre imprudente y envidioso en alta voz: «Lo que te cupiere en suerte tendrás y nada mas,» y levantando su doble hacha de guerra, dió con ella un golpe al jarron, pero sin quebrarlo. Todos se asombraron; mas el rey tomó el insulto con calma y paciencia cogió el jarron y lo dió al mensajero, pero en su pecho conservó secretamente el rencor. Pasó un año y convocó á todos los hombres de armas al campo de marzo (porque en este mes era costumbre pasar revista cada año á los hombres y á su armamento). Cuando el rey pasando atentamente revista á todos y examinando las armas de cada uno, llegó al hombre que había dado el golpe al jarron, le dijo: «Ninguno ha traído tan malas armas como tú; ni tu lanza, ni tu espada, ni tu hacha valen nada.» Con esto tomó el hacha del guerrero y la arrojó al suelo, y mientras el hombre se bajaba un poco para recogerla le partió la cabeza con su hacha, diciendo: «Así hiciste tú en Soissons con el jarron.» El hombre quedó muerto y el rey despidió á los demás á sus casas dejándolos aterrizados.»

Por esta relacion se ve que el rey no tenía ningun poder ni derecho para castigar á ningun franco libre, y menos cuando éste rechazaba, aunque de un modo rudo, toda pretension de dar preferencia al rey. Este no podía exigir mas que su parte del botin como los demás guerreros, y si algo mas quería tenía que apelar á la buena voluntad de los demás, y hasta pasar por la humillacion de recibir con paciencia tan dura leccion en presencia del mensajero de un obispo á quien deseaba complacer. Podía vengar el ultraje á traicion pero no castigarlo legalmente. Ya vimos que el mismo poderoso Genserico, rey de los vándalos, no podía dar libertad á mas prisioneros que los que le cabían en suerte; los demás tenía que comprarlos de sus respectivos dueños, si querían vendérselos.

Dueño ya Clodoveo del territorio de Siagrius, que llegaba hasta el Sena, ensanchó su dominio pronto hasta el Loira, ya con la fuerza de las armas, ya por la sumision voluntaria de sus vecinos. Estas nuevas adquisiciones le determinaron á trasladar su residencia de Tournai á Soissons, para estar cerca de los territorios mas ricos de la Galia que excitaban naturalmente su codicia. Allí tenía que habérselas, no con países indefensos ó mal defendidos, sino con otros germanos esforzados, visigodos y borgoñones, enfrente de los cuales no se creyó bastante fuerte para atacarlos. Esta fué la causa de que dirigiera sus armas y sus ardidés contra sus vecinos del Norte y del Oriente, resolucio que mas adelante, á la muerte de Clodoveo, dió origen á la formacion de la Austrasia como nuevo reino independiente, el cual despues de haber aprendido durante algunos siglos, bajo el dominio de reyes merovingios y carlovingios, á obedecer á un poder central,

(1) Escolástico Fredegaro, natural de Borgoña, escribió por el año 660 una *Historia Francorum* en seis libros. Véase entre otras obras la del francés Bouquet: *Recueil des historiens*, tomo II, Paris, 1738 (en latin), *Scriptores rerum Gallicarum et Francicarum*.

despues de haberse convertido al cristianismo y de haber adquirido algo de la civilizacion romana, pudo constituir la base de un imperio compuesto de pueblos alemanes.

En el año 491 se lanzó Clodoveo sobre los turingios y los sometió. Mayor importancia y trascendencia histórica tuvo su guerra con los alemanes vecinos de los francos ripuarios, circunstancia que hace suponer que algun grupo de estos francos, quizás el del rey Sigiberto de Colonia, había llamado á su auxilio al rey franco-sálico Clodoveo. Esto, sin embargo, no pasa de una mera suposicion, porque ni siquiera se sabe dónde se dió la batalla decisiva. De los pocos datos harto lacónicos y oscuros que tenemos sobre este suceso resulta el hecho importante de que los alemanes, que contaban por lo menos 14 tribus y probablemente muchas mas independientes con sus diferentes régulos las tenían reunidas en aquella batalla, si no todas por lo menos la mayor parte, bajo un rey único ó comun, circunstancia que muy pronto hubo de realizarse entre los francos. Aquel rey único murió y la batalla, que estaba perdida ya para Clodoveo, acabó con la sumision de los alemanes. De una carta de Teodorico el Grande se desprende que existían entonces todavía un gran número de tribus ó pueblos alemanes; pero lo nuevo é importante es que habían sabido unirse y elegir y obedecer, siquiera durante la campaña, á un jefe ó rey comun, transicion muy notable para llegar de la division en tribus, compuestas de hombres libres é independientes, á una autoridad comun, primer paso decisivo para la monarquía. Algunas tribus no se sometieron y se pusieron bajo la proteccion de Teodorico, que las estableció en la Retia, toda vez que de otro modo habían tenido que reconquistar con las armas el país que habían abandonado. Aunque los datos que tenemos dicen que todos los alemanes tomaron parte en la batalla, es probable que algunas tribus, las mas orientales, quedaran en sus territorios conservándose independientes de los francos; pero no es menos cierto que con aquella batalla quedó definitivamente decidida á favor de los francos la secular contienda por la posesion de las comarcas rinianas; los alemanes perdieron toda la orilla izquierda del Rhin, menos la Alsacia, y al propio tiempo ó poco despues en la orilla derecha todo el territorio desde el curso inferior del Neckar hasta el Mein. Allí se establecieron tribus francas é introdujeron sus costumbres, idioma y leyes tradicionales, mientras mas al Este se mantuvieron los alemanes y con ellos su dialecto germánico y sus usos especiales.

Llama la atencion en la relacion de los autores originales que estos frutos de la victoria fueran exclusivamente para Clodoveo, y que para nada se mencione á Sigiberto ni á ningun otro rey de los francos ripuarios que debieron de tomar parte en la batalla. Los combatientes se someten á Clodoveo y Clodoveo despues de la victoria somete á su dominio al pueblo. Concediendo como hicimos antes que los autores para mayor brevedad de sus relaciones solian concentrar todo el interés en el personaje principal, no resulta menos evidente que Clodoveo estaba muy por encima en poder y consideracion de los reyes particulares de los francos ripuarios, si bien no es creíble, á pesar del silencio de los autores, que cayesen los alemanes sometidos exclusivamente bajo el poder de Clodoveo y que los francos ripuarios que confinaban con el territorio conquistado no recibiesen siquiera una parte. Es posible que ignorasen los autores de las relaciones escritas bastante tiempo despues, este detalle, ó que lo pasasen por alto á sabiendas, porque Clodoveo no tardó en deshacerse de sus competidores los reyes ripuarios y en agregar al reino su territorio y el de los alemanes.

A esta célebre batalla del año 496 con los alemanes en la cual tan disputada estuvo la victoria, atribuye la tradicion

religiosa la conversion de Clodoveo al cristianismo, y no al arriano, sino al católico; suceso histórico de grandísima trascendencia, porque dió lugar á la fusion de la poblacion latina con los francos germánicos, de la cual resultó un pueblo nuevo. Esta mezcla solo pudo efectuarse en sentido general cuando los dos elementos, católico y gentilico, cesaron de mirarse como enemigos y se pudieron generalizar los matrimonios mixtos. Para esto era indispensable que los francos se hiciesen católicos y no arrianos, porque el arrianismo no habría hecho mas que aumentar la incompatibilidad entre las dos razas. La conversion al catolicismo hizo de Clodoveo el adalid de la religion verdadera contra los herejes en la Galia que eran los arrianos; esto tuvo por consecuencia la extirpacion del arrianismo en la Galia meridional, y así se hizo allí posible la fusion de los elementos latinos indígenas con los borgoñones y godos, y desde luego y sobre todo la alianza estrecha entre el episcopado de la Galia y los reyes merovingios. Esta alianza condujo despues á la de los mayordomos y reyes carlovingios con el Papa contra los longobardos y los bizantinos; á la conversion de los pueblos de Alemania; al imperio de Carlomagno con su viso teocrático, y finalmente á la restauracion del imperio de Occidente. Nada de esto habría sucedido ó habría ocurrido mucho mas tarde, con mas lentitud, luchando con grandes obstáculos y en circunstancias y condiciones muy diferentes, si Clodoveo no se hubiese hecho católico.

No hay motivo ninguno para dudar de la exactitud histórica de este suceso, cuya memoria nos ha conservado San Gregorio de Tours, si se despoja el relato de este escritor de la parte dramática; si se prescinde de la chocante precipitacion y del motivo impensado de la súbita resolucio de Clodoveo, y si en cambio se tienen presentes los sucesos anteriores referidos por los mismos autores y que condujeron gradualmente á la conversion. Esta no se precipitó sino en el último instante á consecuencia de la situacion desesperada de las armas francas en aquella batalla. El suceso está perfectamente acorde con el espíritu de la época y el carácter del merovingio, que con toda la ingenuidad del salvaje prefirió la divinidad que mejor protegía sus intereses materiales y particulares.

En el tiempo que medió entre su campaña contra los turingios y la batalla mencionada, habíase casado Clodoveo con Rotehilda, hija de Hilperico, rey de Borgoña, suceso que naturalmente ha adornado la tradicion con pormenores novelescos en diferentes versiones; pero es lo cierto que esta mujer fué celosa católica, á pesar de ser arrianos otros miembros de su familia y la mayor parte del pueblo borgoñon, y que, apenas casada, se ocupó incesantemente, en union de los obispos del reino franco, especialmente del eminente Remigio, obispo de Reims, en la conversion de su esposo pagano. Este, siguiendo el ejemplo de bondadosa tolerancia dado por los paganos politeistas, que no solian oponerse á la propaganda cristiana sino cuando sus agentes atacaban y ponian en peligro la organizacion social del pueblo, había dejado hacer á los propagandistas y no se había opuesto á que hiciesen conversiones en su misma familia. En efecto, su hermana Lantegilda era arriana, y tambien lo era su otra hermana Audefleda, esposa de Teodorico el Grande, mientras su tercera hermana Albofleda continuaba siendo pagana; de suerte que en la misma familia y corte de Clodoveo se encontraban frente á frente el paganismo, el catolicismo y el arrianismo, aunque hallándose el primero de los tres en visible decadencia. El rey hasta concedió á su esposa que su primogénito Ingomero fuese bautizado como católico; pero el niño falleció despues de la ceremonia en las mismas ropas del bautizo, desgracia que el rey atribuyó á la ira de sus